

experiencia ya nos ha enseñado que la semilla y el terreno no son siempre los únicos factores necesarios para conseguir la reproducción. En otras palabras, cuando averiguemos los elementos accesorios y el modo de modificarlos, a fin de que no tengan lugar las combinaciones apropiadas para la patogenicidad, habremos simplificado mucho, si no resuelto del todo, el problema de las enfermedades transmisibles.

LOS INSECTOS Y LA SALUD

Los insectos afectan en primer lugar la salud y la comodidad debido a la molestia e irritación que producen; por ejemplo, los zumbidos y merodeos de la mosca, las picaduras y sonsonetes de varios mosquitos, y las arremetidas de los tábanos. La molestia producida por un solo insecto es comparativamente insignificante, pero la cosa pasa a palabras mayores si los ataques continúan mucho tiempo e intervienen en ellos verdaderas hordas, o más bien nubes, de animalillos alados. Ciertos insectos pueden producir mucho dolor y hasta enfermedad por medio de sus picaduras venenosas, y de ellos, los más conocidos son las abejas y las avispas, mas sus picadas no suelen engendrar consecuencias graves, a menos que recaigan en un sitio por demás vulnerable, o que sean numerosas.

Sin embargo, enfadosos como son, los insectos son todavía más temibles debido a otra causa: su papel como portadores de varias dolencias, algunas de ellas de las más mortíferas y costosas. Los insectos figuran como vectores exclusivos en el paludismo, la fiebre amarilla, la peste, el tifo, la tripanosomiasis humana, y como portadores importantes en afecciones tales como la tifoidea, cólera y otras afecciones entéricas, y la oftalmía egipcia. Los insectos suelen transmitir las enfermedades de dos modos: indirecto, mecánicamente, como hace la mosca o, directamente, sirviendo de huésped para microbios, como sucede con el mosquito.

Claro está que la mayor parte, si no todas las enfermedades humanas transmitidas por insectos, son producidas por microorganismos animales y vegetales, y que la cadena que conduce la infección es algo larga, pues nada menos que cuatro importantes factores intervienen en la transmisión de las enfermedades por los insectos, a saber: la fuente de la infección, el portador o vector, el sujeto susceptible y la duración del contacto. Sin embargo, la fuerza de una cadena no es mayor que la de su eslabón más débil, y atacando al insecto, rompemos la cadena en uno de sus puntos más frágiles.

Formidable como es el problema en todas partes, en los trópicos casi se convierte en cuestión de vida o muerte, y casi puede decirse que la supervivencia del hombre en ellos depende, sino de poner término a la cría de insectos, por lo meno, de ponerse al abrigo de sus picaduras. El mosquito, la mosca y la pulga, tremenda trinidad esa contra la cual debe librar el hombre batalla incesante, si quiere

guardarse contra enfermedades tan temidas como la fiebre amarilla, el paludismo, la tifoidea y la peste. Y no está demás agregar a la lista el piojo y la chinche, insectos tan asquerosos como dañinos.

La piedra en la historia.—Existe en la Historia de las Edades un instante hecho de siglos, durante el cual las manifestaciones todas de las razas que fueron sobre la tierra labraron en el libro imperecedero de la piedra sus más peculiares características: el período neolítico—la Edad de Piedra. Los tiempos, caminadores sin descanso ni términos, cruzaron sobre los dólmenes en que dormían su postrimero sueño las tribus de los maravillosos canteros, admirables, y tras la incontrastable fuerza demoledora de los días, olvidadas han sido las tendencias y modo de vivir de aquellos pueblos, que sin el casual descubrimiento de sus pétreos monumentos literarios, jamás hubieran llegado al conocimiento de nuestros actuales historiógrafos. No la palabra rudimentaria y engañadora, ni la civilización que lograran, nos legó los secretos de nuestro ancestro troglodita; fué la piedra, la obra modelada del seno mismo de la naturaleza, la que a tantos siglos de distancia nos dice aún de la grandeza formidable de los pueblos clásicos, bien en la creación inmortal de sus artistas, ya en tangible demostración bélica de las armas de sílice del hombre primitivo, o en la sencilla elaboración de sus útiles de hogar y de trabajo.—FRANCISCO MARÍA FERNÁNDEZ, *Boletín de la Liga contra el Cáncer*, junio 1º, 1929.

La visión de los automovilistas.—Según el Prof. Emile Brosz, director de los cursos de perfeccionamiento médico de Hungría, las opiniones discrepan en cuanto a la visión mínima que deben poseer los automovilistas. Ciertos autores creen que deben poseer una agudeza visual igual a la de los ingenieros de ferrocarril; otros creen que no necesitan tanta. Algunos han propuesto que los automovilistas afirmen por escrito su aptitud, y que se les haga responsables de los accidentes en que participen después. Las Academias de Medicina de Bélgica y de Francia han recomendado preceptos fijos. Sin embargo, ninguno de esos dos países ha dictado reglamentos sobre el asunto, y el prefecto de policía de París declaró que no puede determinar la aptitud física de todos los candidatos, pues hay más de 100 de ellos diarios, cuyo examen exigiría demasiado tiempo y gastos. En Inglaterra y Alemania tampoco hay reglamentos. En Suiza e Italia exigen por lo menos una agudeza visual de 5/10, pero no excluyen a los tuertos. En Noruega exigen mayor visión a los chóferes que a los otros automovilistas, y Jeandelize, que estudió el asunto, recomienda que la agudeza visual sea por lo menos de 5/15 en el ojo mejor, y de 5/100 en el otro. En Hungría los permisos se basan en un certificado firmado por el jefe de sanidad, y si la visión en un ojo es por lo menos de 5/7, puede licenciarse a los sujetos. Grosz cree que bastaría con fijar la agudeza visual del ojo mejor a 5/10, si la visión del otro es de 5/20, y de otro modo por lo menos de 5/7. Como los automovilistas están dispuestos a distintas lesiones, deberían realizarse exámenes semianuales o anuales. La Real Academia de Medicina de Bélgica ha aprobado recientemente una resolución relativa a permisos para automovilistas, la cual ha enviado al Gobierno belga y a la Liga de las Naciones. A la Liga le propone el nombramiento de una comisión internacional para que prepare un reglamento de aplicación universal sobre el asunto.